

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

A la Virgen Maria en su Inmaculada Concepcion, poesia por J. M. del Cid.—Estudios históricos penales, por D. José Criado y Baca.—Sábios y santos consejos, poesia.—A la Srta. D.^a Concepcion Viana Cárdenas, La memoria, por D. José C. Bruna.—La mano de Nieve, novela, continuacion.—La niña mendiga por D. Salvador Lopez Guijarro.—Joaquina, por F. H. de M.—Liceo y Teatro.—Soluciones á las charadas del número anterior.—Charada.

À LA VIRGEN MARIA

EN SU INMACULADA CONCEPCION. (*)

Tota pulchra es amica mea,
et macula non est in te.
CANT. C. IV. V. 7.

Por dileccion del Eterno
fuiste pura concebida,
tan pura, cual la encendida
luz del rutilante sol;
y al reconocerte el mundo
de celestial gracia llena,
de entusiasmo se enagena
tu amante pueblo español.

Tú eres reina de las vírgenes,
tú eres la gloria del cielo,
el refugio y el consuelo
del infeliz pecador:
tú eres de Jacob la escala,
tú eres la mística rosa,
y la madre venturosa
del divino Redentor.

Desde el principio del tiempo
Dios en tí se complacia,
y en su mente te elegia
por su madre virginal;
y al ser, por favor divino,
á tal grandeza elevada,
quiso fueses preservada
de la culpa original.

Junto al espléndido trono,
Esther del divino Assuero,
usas del escelso fuero
que te concedió en su amor:
y contra los pecadores
si alza Dios su mano airada,
tú exclamas: «¡soy su abogada!»
y en piedad trueca el rigor.

Nueva Judith, libertaste
á tu fiel pueblo amorosa,
con alma mas animosa,
con mas esplendente faz:
tú de Jessé puro vástago
diste Flor de rico aroma,
y cual de Noé la paloma
tragiste oliva de paz.

(*) Esta composicion se ha escrito para una corona poética, que en honor de la Purísima Concepcion, debe haberse hoy publicado en Lérida.

Misericordia y justicia
dignos atributos fueron,
que siempre á Dios distinguieron,
que nunca Dios delegó;
pero de Adam con los hijos
por tí al firmar la concordia,
te dió la misericordia
y Él la justicia ejerció.

La cerviz de la serpiente
tú vencedora quebrantas;
vése la luna á tus plantas
cual rico escabel de honor:
y esos astros que en tu frente
su nitida luz fulguran,
los doce dones figuran
del Espíritu de Amor.

A tí mi España querida,
debe sus brillantes glorias;
tú la diste cien victorias
luchando contra el infiel:
á Pelayo y Juan de Austria
en Covadonga y Lepanto,
sobre Sevilla, al Rey Santo,
sobre Granada, á Isabel.

Y en las Navas y en Otumba
y en San Quintin y en Pavía,
invicta, la patria mia,
nuevos triunfos alcanzó:
y á ruegos, Clemente trece,
del gran rey Carlos tercero,
Patrona del pueblo Ibero,
gozoso, te proclamó.

Los ámbitos de los mundos
tus glorias ¡oh Virgen! llenan;
tus alabanzas resuenan
del uno al otro confin:
y tu pureza en los cielos,
pulsando sus arpas de oro,
cantan, en variado coro,
el querub y el serafín.

¡Llor al insigne Pio Nono
que, por el cielo inspirado,
tu Concepcion ha elevado
á dogma consolador:
dogma que la fiel España
declarar gozosa oyera,
si bien hay siglos que era
para ella un dogma de amor!....

Errante por el Océano
turbulento de la vida,
vá mi alma combatida
del temor y la afliccion.
Tú eres la polar estrella,
tú eres el faro divino,
que la guia en el camino
de la celestial mansion.

Tu nombre dulce, amoroso,
nuncio de ventura y gloria,
siempre grato á mi memoria
y aun mas á mi voluntad,
si en vida fué mi esperanza,
ay! como mi labio acierte
á pronunciarlo en mi muerte,
será mi felicidad!...

Permite, Virginal Madre,
que dé mi cariño en prenda,
hoy te consagre esta ofrenda
de tu pureza en honor:
blanca flor que á tu corona
mi pobre lira dedica,
de mi alma la flor mas rica,
la pura flor de mi amor!

J. M. DEL C.

Málaga 1861.

ESTUDIOS HISTÓRICO-PENALES.

BREBES CONSIDERACIONES

sobre el desenvolvimiento del derecho penal.

Para conocer el estado de la ciencia, de la criminalidad en los pueblos antiguos, será indis-

pensable que nos remontemos al Oriente, y allí hallaremos como la primera legislación que se presenta á nuestro exámen la de Creta, si tal puede llamarse á una coleccion de preceptos absurdos y sanguinarios que conculcando las máximas de la bondad y de la justicia, santificaban los delitos mas repugnantes como el rapto, el robo, etc. Licurgo dió á la república de Esparta disposiciones penales, pero nada se mejoró este derecho entre los espartanos, porque si las leyes de Creta justificaban el rapto, como hemos dicho, las de Esparta permitian el adulterio. Si de aquí pasamos al pueblo mas culto de Grecia á Athenas, vemos á Dracon que legislando en materia penal escribe con sangre sus preceptos. Andando los tiempos aparece la notable figura del inmortal Solon, el reformador de la Grecia, el cual es verdad que logra corregir muchas de las imperfecciones que habian existido en esta parte importantísima de la legislación, pero no obstante fué impotente, y el impulso de las tendencias de su época le llevaron á fijar en sus códigos el ostracismo y otros castigos de esta indole. La administracion de justicia la encomendó á diez tribunales cada uno de los cuales le componian quinientos jueces; con cuya defectuosa organizacion la mayor arbitrariedad habia de reinar necesariamente en la imposicion de las penas. Roma escribiendo su derecho en el código de las doce tablas, adelantó bien poco en legislación penal, pues en esta parte parece recibió mas la influencia de la jurisprudencia griega; y hé aquí como Roma que dió al mundo el tipo del derecho civil, vino á estar muy atrasada en el ramo del derecho penal; y tanto fué así que hasta los tiempos de Justiniano y Constantino no encontramos reformas saludables, de aquellas que tuvieran por base los principios del derecho natural que con posterioridad hubieron de ser apreciados en todo su esplendor y grandeza.

Aparece el dia de la regeneracion, luce el brillante astro de la doctrina del Crucificado, y sus eternas máximas vinieron á causar en el seno de las naciones una radical revolucion, y á la divina sombra del Cristianismo cambiase de repente en muchos paises la marcha destructora que en el sendero del derecho penal seguia la humanidad; y su benéfico influjo alcanzando lo mismo á las artes que á las ciencias no pudo menos de imprimir un nuevo carácter á esta parte de la legislación, que tantas y tantas reformas necesitaba; y así observamos que desde Constantino, el gran protector de la Iglesia cristiana, todos los emperadores que ocuparon el sólio de la dominadora del orbe, tendieron mas ó menos su proteccion á los progresos del derecho penal. Hubo otra causa entónces, que aunque indirectamente, prestó su apoyo á la reforma que estaba iniciada; y dicha causa fué la irupcion de los bárbaros del Norte que nuncios de una nueva civilizacion poseian mejores con-

diciones para identificarse con el principio que redimió á la especie humana: las naturales y lógicas consecuencias de este orden de cosas y de estos acontecimientos, fueron los que ansiaban todos los corazones generosos; la publicacion de otras leyes mas en armonia con las circunstancias de la época y las máximas de la justicia absoluta que venian ya reflejadas en todas las almas aparecieron, aunque los tiempos posteriores habian de ser los encargados de purgar los errores que aun ecsistian, trazando la línea divisoria entre los campos de la moral y el derecho, á fin de que las presentes generaciones no viesen en sus códigos confundidos lastimosamente el pecado con el delito; errores que habian de presentarse precisamente en aquellas antiguas sociedades, que abrian por vez primera sus ojos á la luz deslumbradora de una existencia desconocida.

El régimen feudal, que estendió su influjo por toda la Europa, y que planteó un sistema de gobierno incondicional y absoluto, cuya especial organizacion no necesitamos apuntar aquí, puesto que está en la conciencia de todos, fué una institucion que por su propia índole del encadenamiento de muchas voluntades á la despótica de un Señor, tanto mas tirana cuanto que era menos vasto el círculo de sus atribuciones, fué una institucion, repetimos, que sino retrógrada al menos se opuso fuertemente al desenvolvimiento saludable de que cada dia venia dando inapreciables muestras la ciencia de la penalidad.

Pero llega en la historia la época de la emancipacion de las clases que muchos siglos habian estado oprimidas, sacuden los siervos su yugo, como en otro tiempo rompieron sus cadenas los esclavos, pónense aquellos del lado de la autoridad real, cuyo prestigio y poder habia logrado hollar la turbulenta nobleza, y nacen florecientes los elementos monárquico y municipal; y del mismo modo que por consecuencia de esta reforma social, se operó una revolucion política altamente beneficosa, alcanzó notables adelantos la ciencia del derecho penal. Los reyes, cuya consideracion la habia hecho valer el estado llano, especialmente en nuestra patria, otorga á aquel cartas, fueros y privilegios para la mas acertada decision de las contiendas judiciales, que pudieran surgir acerca de la propiedad, y á estas innovaciones se suceden algunas de legislación penal, tanto mas fáciles de realizar en aquellas circunstancias, cuanto que la nueva organizacion política borrando las desigualdades sociales, dió entrada á los elementos de libertad é igualdad tan en consonancia con las máximas cristianas y cuyo espíritu fué siempre el eterno y terrible anatema lanzado contra aquellos que establecieron las cartas y las clases: hé aquí como con la transformacion social de los siglos medios avanzó algo en sus progresos la ciencia de que nos venimos ocupando.

En el siglo XVI, cuando Lutero y Calvino

empezaran la predicacion de la reforma religiosa, se apoderó del ánimo de los príncipes, de los legisladores y de todos los hombres, en una palabra, el deseo de la investigacion y del estudio de las causas, y este vértigo de combate filosófico se hizo sentir en la ciencia de la penalidad que adelantó á la sombra de las discusiones de humanidad; si bien tales progresos no habian de ser mas que la aurora de los que se realizarian en el siglo XVIII y en el actual.

Para comprender las exelencias de las modernas legislaciones penales, no será fuera de propósito que examinemos, aunque con la poca extension que nos permite un trabajo de la índole del presente, el antiguo estado del derecho criminal en toda la Europa. Las penas mas atroces y sanguinarias se fijaban para los reos de homicidio é infanticidio; la confiscacion y la infamia no solo se hacian recaer sobre el delincuente, sino sobre toda su familia; el tormento para la averiguacion de los crímenes, y el procedimiento inquisitorial y secreto que no revestia de la menor garantía á la inocencia, completaba el triste y horroroso cuadro que presentaba el mundo mas civilizado de entonces en los últimos años del siglo XVII, despues de las reformas que venian haciéndose desde la aparicion del Cristianismo.

JOSÉ CRIADO Y BACA.

(Continuará).

Para complacer á uno de nuestros distinguidos suscritores y aun mas, para honrar nuestro Semanario, insertamos á continuacion los sublimes CONSEJOS PARA CONSEGUIR LA FELICIDAD PRESENTE Y LA ETERNA, poesia debida á la ilustrada pluma del Sr. Doctoral de Cádiz D. Diego Herrero y Espinosa.

SABIOS Y SANTOS CONSEJOS

para conseguir

LA FELICIDAD PRESENTE Y LA ETERNA.

Los años tras los años
se ajitan y atropellan
como del mar las ondas
en deshecha tormenta,
é implacables nos roban
la plácida ecsistencia.
En tanto los mortales
al delirio se entregan
y eterna se imaginan
la vida pasajera:
allá en su ciego orgullo
locos proyectos sueñan,
y una tumba tan solo
al despertar encuentran.
Dichoso quien conoce
y en su valor aprecia
estos breves instantes

que llaman ecsistencia,
y vive cual viajero
en la mísera tierra,
do la flor se marchita
cuando se abre apenas;
nace el sol y á su ocaso
camina con presteza,
y arrebatan los vientos
sin que mas aparezcan
de la mar las espumas,
del desierto la arena,
de las selvas las hojas
y del cielo las nieblas.
Feliz ¡ah! quien ajeno
de ilusiones perversas
que con blandos halagos
nuestra vida envenenan,
de la virtud alcanza
la gloria duradera;
y mientras los mundanos
en pos de las riquezas
se agolpan sin reposo
por la codicia ciega,
de Dios adora humilde
la sábia Providencia,
y en sus brazos se duerme,
y corre su ecsistencia
como el manso arroyuelo
que entre flores serpea.
Que no á la vil codicia
ni á la ambicion proterva
ha prometido el cielo
el pan que nos sustenta.
Hambre padeció el rico
segun canta el Profeta:
buscad de Dios el reino
y su justicia eterna,
y no temais que os falten
los frutos de la tierra;
que si está maldecida
por la culpa primera,
la sangre de un Dios hombre
la fecunda y alienta.
El trabajo templado,
la sobriedad modesta,
la virtud, cuyos ecos
hasta el cielo penetran,
alcanzan lo que en vano
pide el hombre á sus fuerzas;
y El que manda á los vientos,
y cuenta las estrellas,
y al mar fija sus lindes,
y al pájaro alimenta,
y viste al bello lirio,
y engalana á la selva,
no olvidará á sus hijos
que en su amor solo esperan.
Y por mas que se ajite
la tempestad violenta,
que el cielo se encapote,
que ruja la mar fiera,
que bramen aquilones.

que el orbe se estremezca,
el justo en dulce calma
con la frente serena
arrostrará las furias
del cielo y de la tierra.
Que como sombra pasa
cuanto en torno nos cerca,
y donde el tiempo acaba
la eternidad comienza.

A LA SEÑORITA

DOÑA CONCEPCION VIANA CÁRDENAS.

LA MEMORIA.

El ave que está encerrada
al ver las otras volar,
en su memoria recuerda
que gozó de libertad.

El anciano, cuando escucha
de la juventud hablar,
recuerda que también tuvo
en sus tiempos, mocedad.

Memorias traen memorias,
conserva la que aquí vá
y esta trova te recuerde
con mi nombre mi amistad.

JOSÉ C. BRUNA.

4861.

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

III.

A pesar de lo estúpido del cuento, la historia

de aquella mano de nieve me había producido una gran sensación.

Casi la creo.

Tengo una imaginación que se inclina á todo lo raro é inverosímil, y cualquier cuento fantástico me llama la atención y fascina sin gran dificultad mi cerebro.

Me arrellané, pues, en el rincón de mi asiento, apoyé la cabeza contra el cuero mugriento del forro del *coupé* y me puse á meditar.

— ¡Pobre alma! Tú buscas un amor puro sobre la tierra para poder volar al cielo! ¿Si no lo has encontrado estando vivo el cuerpo que te contenía, como hallarlo después de muerto y mucho más en estos tiempos? Yo también lo he buscado, yo también he corrido tras aquella sublime locura á que aspiré con todo mi ser: ahora ya casi no creo en él. Gloria! Riquezas! Poder! ¿Qué son? También soñé algún día con ellas; pero todo lo hubiera dado mi corazón por un afecto verdadero, real... La tal historieta es un símbolo. Es la tendencia del espíritu humano á todo lo ideal. El amor puro vivifica el alma aun encerrada en un cuerpo muerto, la guía en su camino, la empuja hacia el cielo... Esa mano de nieve es cosa extraordinaria... ¡La mano! — La mano es una gran cosa. Así me lo decía el Sr. Sennuccio. El hombre es un universo en pequeño, un *microcosmo*; la mano es todo el hombre. Se pretende que en ella tenga escrito todas sus cualidades y sus defectos, su bien y su mal, su pasado y su futuro. Entre los animales el hombre es el solo que propiamente tiene manos. Allí está la acción inteligente: en la escritura, expresión del pensamiento, la idea; lo bello, en la forma; la manufactura y la industria, en la materia... y... si la mano es de una mujer!... ¡oh! quisiera besar aquella mano de nieve!

El calor parecía gravitar sobre mis miembros; los párpados me pesaban cada vez más y se cerraban á pesar mío; un lánguido abandono se iba apoderando de todo mi cuerpo, mientras, por contra, el espíritu adquiría una actividad casi febril para pasar rápidamente sin conexión lógica, sin intervalos, de un pensamiento á otro.

La luz penetraba débilmente por entre mis párpados que iban cerrándose acariciados por el sueño; aquellas montañas, el valle, las masas de rocas, las pendientes, los desfiladeros, los torrentes, los campos, los arbolillos, todo tomaba un aspecto vago, indefinido, fantástico. Las diversas vistas que ante mí se presentaban, parecían no sucederse las unas á las otras sino confundirse, mezclarse, entrelazarse, desvanecerse y refundirse, con movimiento, ora tranquilo como el de dos sutiles vapores que se encuentran en el aire y lentamente se juntan y confunden, ora activo como una bulliciosa danza, ora desconcertado como una lucha.

Los árboles venían á descansar sus acopadas cabezas sobre las nubladas frentes de las rocas; y las rocas, inmóviles por tantos siglos, se incli-

naban lentamente sobre los campos como para aplastar las mieses; los torrentes se alzaban espumosos como el vino de Champagne en las prolongadas copas, para ver si podían llegar á las cimas de las montañas; y sobre toda esta revolución, el sol, con su cara molletuda y avinada, que asemejaba a la de mi conductor, reía silenciosamente bostezando con su desmesurada boca, al través de las nubes parduscas por el polvo del camino.

Y en este polvo que á turbiones invadía el carruaje, observé con gran sorpresa, que en ellos había miles de miles pequesísimos seres, nunca vistos, los unos mas extraños y deformes que los otros.

Y á cada momento estas ilusiones crecían. Era un *caleidoscopio* enorme que giraba ante mis ojos soñolientos transformando á cada instante su vista con inesplicables combinaciones.

La visita del campo había desaparecido. Solo veía un mundo completamente nuevo en aquel polvo condensado.

¡Oh! cuantos monstruosos infinitamente pequeños individuos hormigueaban en aquella polvorosa nube jugando, bailando y agitándose en el rayo de sol que la atravesaba!

Cada cual iba á caballo de uno de aquellos menudísimos granillos de que se compone el finísimo polvo del camino, y parecía guiar esta su cabalgadura, á veces su capricho, á veces empujado por un torbellino como los que soñó Descartes en su sistema del mundo planetario.

Y cada uno de aquellos pequeños gnomos, sobre aquella pequeña boca, ostentaba una pequeña sonrisa con la que parecía lanzarme un pequeño gesto de desprecio.

¡Cuántos ojillos microscópicos que me asaetaban con microscópica irrisión!

¡Cuántas caras sin hechura, cuántas cabezas sin cara, cuántas bocas sin labios, cuántos brazos sin cuerpo, cuántos cuerpos sin cabeza, cuántas personas sin formas, cuántas orejas de asnos aplicadas á carrillos de monos, cuántos hombres con piernas de langosta, cuántos sapos vestidos de pisaverdes, cuántas lombrises con cara de muger, cuántos gusanos con semblantes de éroes!

Y todo, todo pequesísimo, impalpable, inapreciable á los sentidos ordinarios.

Y todos se agrupaban, se entremezclaban, iban tornaban, desaparecían y volvían á pasar ante mi vista en una confusión cada vez mas viva y bulliciosa.

Continuará.

LA NIÑA MENDIGA.

Tímida avecilla
que al nacer dejaste

venturoso el seno
de tus pátrios valles,
y hoy vuelas cruzando
negras soledades,
sin amor, sin nido,
solitaria, errante;
pura flor que nunca
con su luz suave
visitó la aurora,
y olvidada yaces
en impuro yermo
dó tu dulce cáliz
fieros amenazan
mil horribles áspides;
frágil navecilla
que á surcar llegaste
el rugiente golfo
de nuestros pesares,
sin tener quien luego
de tu curso aparte
pérfidos escollos,
simas insondables;
niña sin ventura:
cómo al contemplarte
de tristeza lleno
mi corazón late!
Cómo sufre al verte,
débil, vacilante,
implorando sola
con amargos ayes
la piedad extraña!
Cuán dolientes alzanse
de tu voz los puros
écos suplicantes,
y cuán melancólica
quieren revelarme
esos castos ojos,
lánguidos mirándome,
tu aflictiva historia
de huérfana y mártir!
Ah! ven, pobre niña;
ven, y un solo instante
mitiga á mi lado
tus crudos afanes.
Ven, que si del mundo
la saña insaciable
ó el sordo egoísmo
solo pueden darte
el pan que á sus puertas
arroja el magnate,
yo, que te contemplo
desterrado ángel
cuyas blancas alas
mancha el deleznable
barro de esta vida
en estrecha cárcel,
pero en cuya frente
la inocencia amable
brilla con serenos
rayos celestiales;
yo, que la ventura
no puedo brindarte

porque la perdiste
 con tu dulce madre,
 con tu amor de un día,
 con el seno amante
 que te diera un tiempo
 dichas inefables;
 yo, pobre poeta,
 quiero consagrarte
 en el dulce idioma
 de flores y ángeles
 un tierno consejo
 que no has de pagarme...
 La tierra es, oh niña,
 un árido valle
 de lágrimas. Todos
 los que sus eriales
 cruzan, esa herencia
 deben á sus padres;
 que el dolor sus leyes
 tiene universales,
 y rige con ellas
 altivos alcázares
 y humildes cabañas,
 chozas y ciudades.
 Los que indiferentes
 ves de tí alejarse,
 los que te ven solo
 para desdeñarte,
 tal vez en su pecho
 te ocultan el cáncer
 de una desventura
 más cruel y más grande
 que la que al destino
 debes implacable.
 Mas tras los espacios
 de ese azul radiante
 que extática admiras;
 en la impenetrable
 region venturosa
 dó la aurora nace,
 hay un Dios clemente
 que es de todos Padre,
 y al dolor del hombre
 depara mas tarde
 un supremo bálsamo,
 benigno otorgándole
 de una eterna dicha
 la paz inmutable...
 Cuando otros abrojos
 tu planta desgarran,
 cuando el mundo tienda
 sus redes falaces
 á tu alma purísima;
 cuando nada halles,
 oh niña, en la tierra,
 con fé inalterable
 busca á ese Dios bueno,
 suplicale, ámale,
 que Él, á cuyo nombre
 sus cimas gigantes
 doblan las montañas,
 y las indomables

olas en la orilla
 raudas se deshacen;
 El, cuya grandeza
 aclaman unánimes
 los órbes inmensos
 que cruzan los aires;
 El, que al sol ha dado
 luz vivificante,
 su aroma á las flores,
 sus cantos al ave,
 estrellas al cielo,
 tristeza á la tarde
 y alma esperanza
 que al cielo la atrae,
 El, niña inocente,
 sabrá consolarte !

S. LOPEZ GUIJARRO.

JOAQUINA.

A MI AMIGO M. DE B.

Hay una niña
 de lindos ojos,
 de esbelto talle,
 de labios rojos,
 por la que sientes
 viva pasión
 y ella no acoje
 tu corazón.

Y es la niña sonriente
 como aparece la aurora,
 dolores su pecho siente
 y su corazón ardiente
 bellezas mil atesora.

Ciñen sus luengos cabellos
 guirnalda de blancas flores,
 lanzan sus ojos destellos
 de luz y, en vueltos en ellos,
 van pensamientos de amores.

Pero cuando el sol declina,
 cuando tañe la campana

de la oracion vespertina,
verás que triste Joaquina
se aleja de su ventana.

Y pálida y suspirando
plegarías dirije al cielo;
que la que sufre, llorando
sus penas va mitigando;
el llanto le dá consuelo.

Que ama la niña á un marino
que cruza la mar lejana,
por eso al toque divino
se aleja de la ventana.

Por eso está suspirando
y alza sus ojos al cielo,
que la que sufre, llorando
halla á su dolor consuelo.

Por eso en noche callada,
cuando exhalas triste queja,
muda, desierta, cerrada,
verás que queda su reja.

Por eso la niña
la de lindos ojos,
la de esbelto talle,
la de lábios rojos,
la que lacerando
vá tu corazon,
siempre indiferente
mira tu pasion.

F. H. DE M.

Málaga.

LICEO Y TEATRO.

Tenemos entendido que en la semana próxima se efectuará el beneficio del simpático actor D. José Sanchez Albarran, siendo de creer que una concurrencia llenará con tal motivo el coliseo.

Parece que el Liceo ha dejado la sesion para el sábado próximo, ejecutándose el *Don Simon* y las piezas de canto anunciadas para la anterior.

Es de esperar que esté muy animado.

En nuestra próxima Revista de Teatros nos ocuparemos de la mal llamada zarzuela *El magnetismo... animal!!* y de la lioda *El loco de la boardilla*.

Solucion á las charadas del número anterior.

Á LA PRIMERA.

Me parece que ha de ser,
Primera unida á tercera,
La *Peca*, que tanto altera
La cara de una mujer.

En la vega ves nacer,
Flor azul que brota el *lino*
Y por lo cual yo adivino
Que el *Pelicano* es el ave,
Que vuela tras de la nave,
Compañera del marino.

Otra solucion á la segunda charada.

Si ambicionares ser *rica*
Dios ha dicho: al pobre *dad*,
Virtud es la *Caridad*
Que los bienes multiplica.

E. G. DE C.

==REMITIDAS.==

CHARADA.

A todo bravo marino
al ver la tormenta ensima
le espanta *segunda y prima*
y le hace perder el tino.

Dejando á un lado la inercia
y al ver que las olas van
creciendo, con rudo afan
se ampara en *segunda y terciá*

¿El todo pides? ¿no hay modo
que aciertes tu mi charada?
pues oye, lectora amada,
tú has pronunciado ya el todo.

SABINO POLVORIN.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cinteria, núm. 3.